EL BARCO DE VAPOR

Serafina, la trucha aventurera

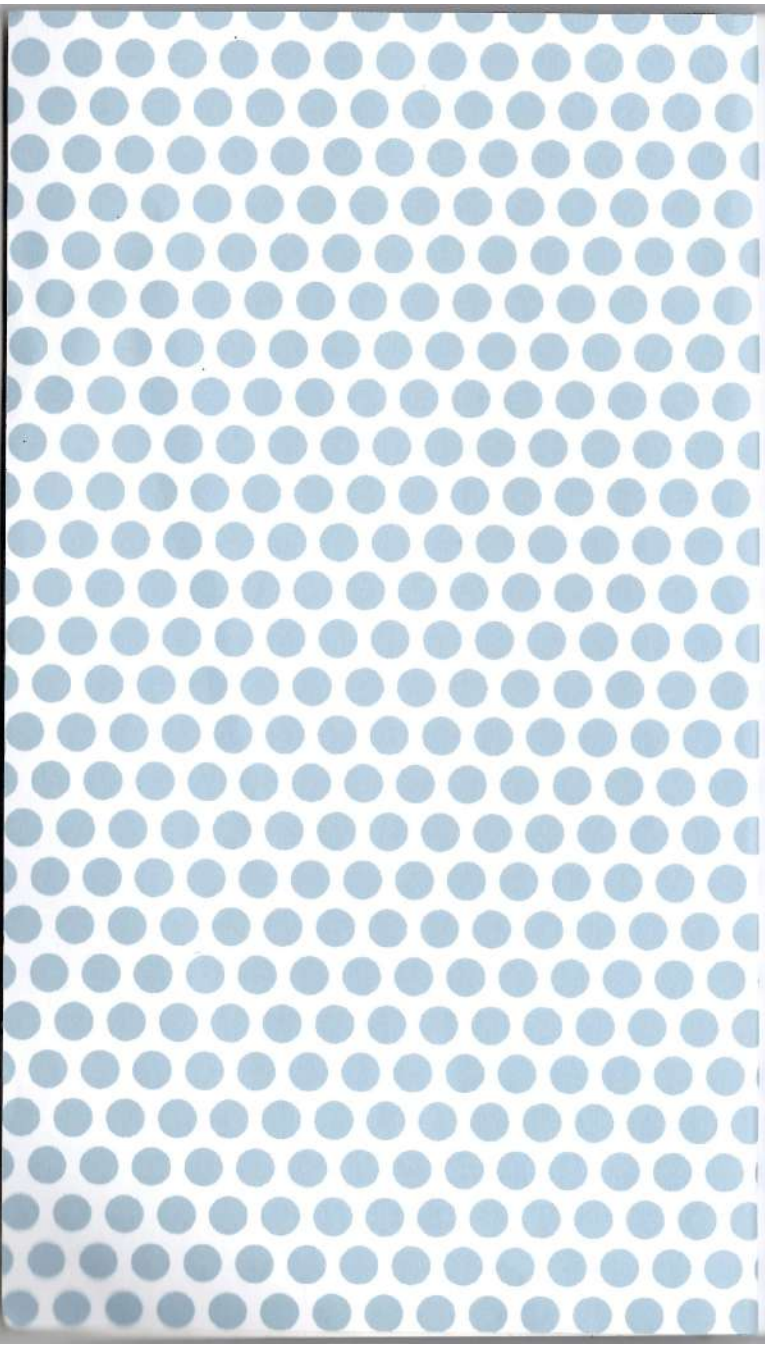
Oswaldo Encalada

2.ª REIMPRESIÓN

PRIMER PREMIO NACIONAL
DARÍO GUEVARA MAYORGA 2015
CUENTO

sm

Ilustraciones de Marco Chamorro



EL BARCO
DE VAPOR

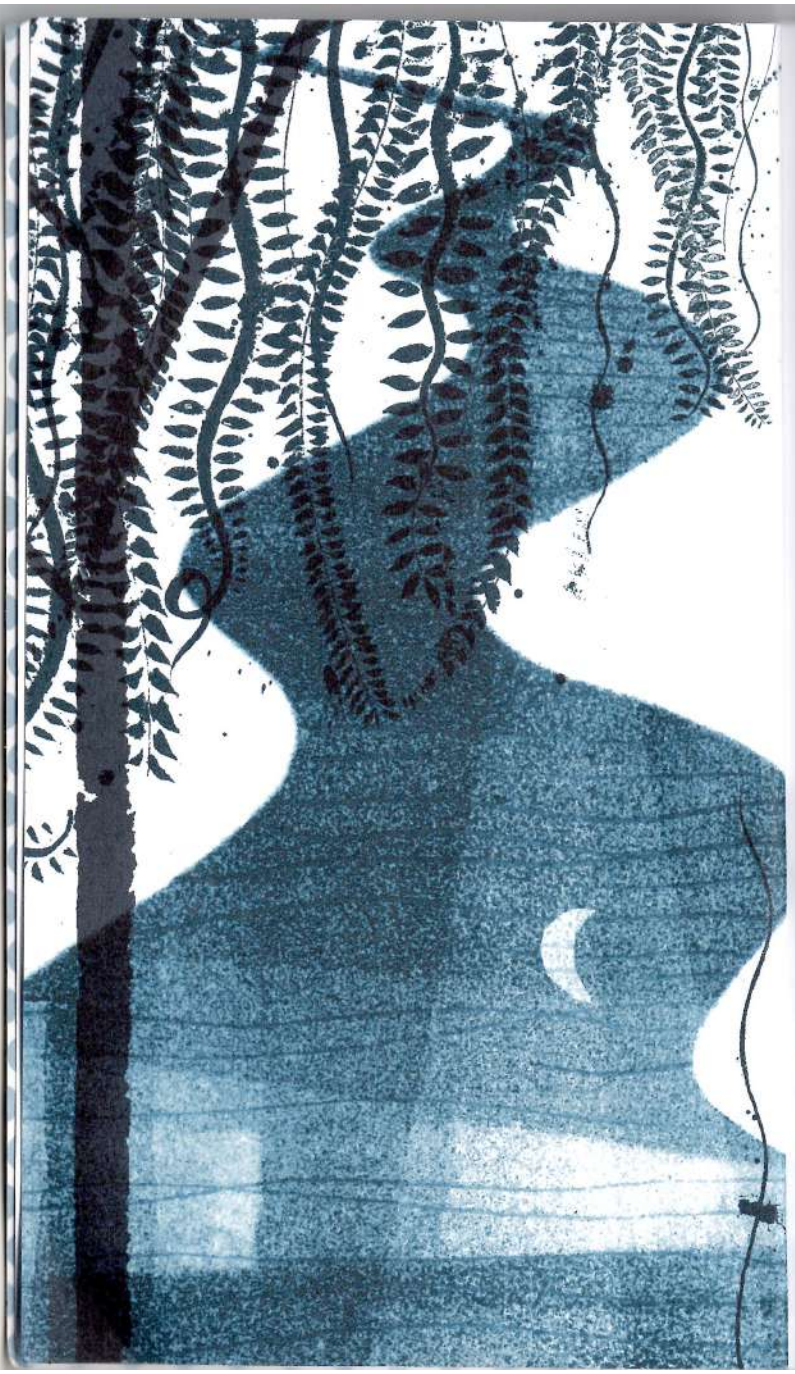
Serafina, la trucha aventurera

Oswaldo Encalada Vásquez

Ilustraciones de Marco Chamorro

sm

Ejemplar de Cortesía
sin valor comercial



La tía Macaria

Cada vez que el viento llegaba con fuerza, la Luna se hacía pedazos en la superficie del agua. Todos los peces de la laguna de Chuyacocha, en la zona de El Cajas, sentían un breve sobresalto del que rápidamente se recuperaban, y es que el interés por las historias de la tía Macaria, la trucha con más experiencia, era muy intenso.

Todo cuanto decía resultaba novedoso y cautivante, tanto que las truchas pequeñas y hasta los alevines no podían contener los deseos de saber más de lo que ella había vivido a lo largo de sus muchos años.

Los más pequeños levantaban un poquito una aleta y pedían:

–Cuente otra vez, tía, lo que le ocurrió con el anzuelo de los pescadores.

–¿Y cómo es el mar, tía?

–¿Es cierto que es salado?

–¿Y cómo es eso de ser salado?

–¿Hay monstruos en el mar, tía?

–¿Y qué cosas se pueden ver en el mar?

–¿Y hay horribles pescadores en el mar?

–Paciencia, mis pequeños –decía la tía Macaria–. No puedo responder tantas preguntas en una sola noche.

Y así, la tía Macaria comenzó a relatar su historia.

Por hoy solamente les contaré lo que me pasó una vez con un temible anzuelo; una historia que todos deben escuchar bien para que aprendan a no caer en las trampas de los pescadores.

Hace muchas redondeces de la Luna, me encontraba gozando del agua fresca, aquí mismo en nuestra laguna de Chuyacocha, que de todas es la más limpia. De pronto vi algo que flotaba en el agua, ¿qué creen que era?, pues una linda mosca de muchos colores. Verla y lanzarme a comerla fue cuestión de un segundo.

Mientras yo casi volaba en el agua, llegaron a mi mente los consejos que los mayores me habían dado sobre el anzuelo, y cuando ya estuve a punto de atrapar a la mosca, logré retirarme; pero no tanto como para evitar que una punta se enganchara en un costado de mi boca.

Sentí un dolor muy agudo, como si todos mis huesos quisieran salírseme de golpe. Por poco me desmayo, pero enseguida me recuperé y nadé hacia el interior de una cueva.

Ahí estuve escondida hasta que sentí el tirón del hilo, pero me di rápidamente tres vueltas alrededor de una piedra y el tirón desapareció.

Minutos más tarde oí que la cuerda se rompía y pude aventurarme a mirar un poco hacia afuera. Vi a un hombre que trataba de encontrar el anzuelo. Me escondí nuevamente con mucho dolor hasta que, dos horas más tarde, por fin, se fue. Entonces nadé de prisa hacia la casa de las apangoras, ya saben que son nuestras vecinas.

Como ellas tienen tenazas, la mayor logró desenganchar el anzuelo luego de hacerme sufrir mucho por las vueltas y los tirones que me daba; hasta que, haciendo el máximo

esfuerzo y sudando tres gotas gordas, logró cortar el alambre y liberarme; pero no todo había sido tan afortunado, por causa del jalón inicial se me rasgó un poco el costado de la boca, y desde ahí es que tengo esta cicatriz tan grande en mi cara.

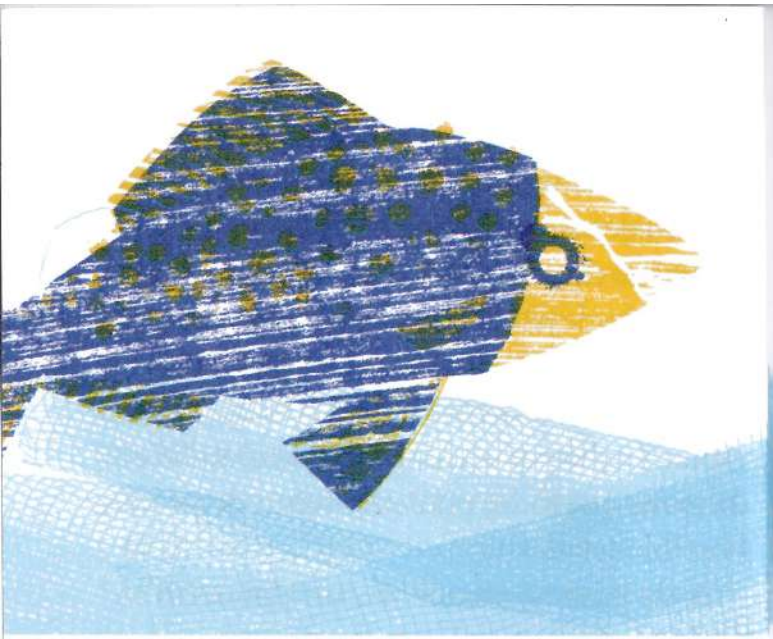
¡Miren! —Y diciendo así, la trucha dio una rápida vuelta por entre el círculo del auditorio, de modo que todos pudieron mirar de cerca la horrible señal.

A su paso se escuchaba un ¡Oooohhhh! prolongado.

Cuando Macaria volvió a su sitio, la trucha Serafina levantó una aleta y preguntó:

—¿Y cómo es el mar, tía?, ¿es cierto que es muy salado?, ¿y cómo es eso de ser salado?, ¿tiene dueño el mar?, ¿es verdad que es enormísimo?

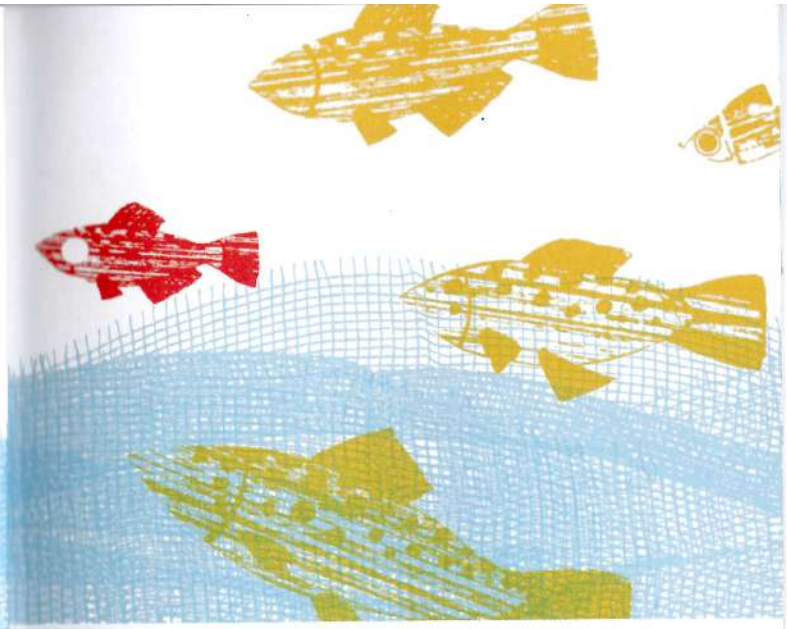
—Paciencia, Serafina, no puedo responder a tantas preguntas. Por hoy solo quiero decirles que el mar es grande, pero muy grande, tanto que para recorrerlo se necesitarían diez mil vidas de trucha. Y es salado, o sea que su agua tiene mucha sal, tanta que parecería que le quema a una la boca, la garganta, y luego una



siente que ya no puede respirar, porque la sal le ha llenado a una las branquias, y parece como si faltara la vida. Por eso no hay que beber esa agua, a lo sumo probar un sorbo.

Claro que el agua de mar solo nos afecta a los peces de la altura; pero nuestros primos que viven en el mar ya están acostumbrados al agua salada y nada les pasa.

Bueno, por hoy nada más. Recuerden, antes de dormir, deben repetir de memoria nuestros mandamientos.



–Sí, tía Macaria –dijeron a coro todas las truchas y los alevines y hasta los otros peces que se habían aproximado.

Entonces empezaron a recitar como si hubiesen ensayado: la trucha Macaria decía el primer verso y el auditorio lo terminaba.

Macaria: *Ni atarraya ni anzuelo,*
Coro: *si quieres llegar a abuelo.*
Macaria: *Ni mosca ni lombriz,*
Coro: *si quieres vivir feliz.*
Macaria: *Desconfía del hombre y de su maña,*

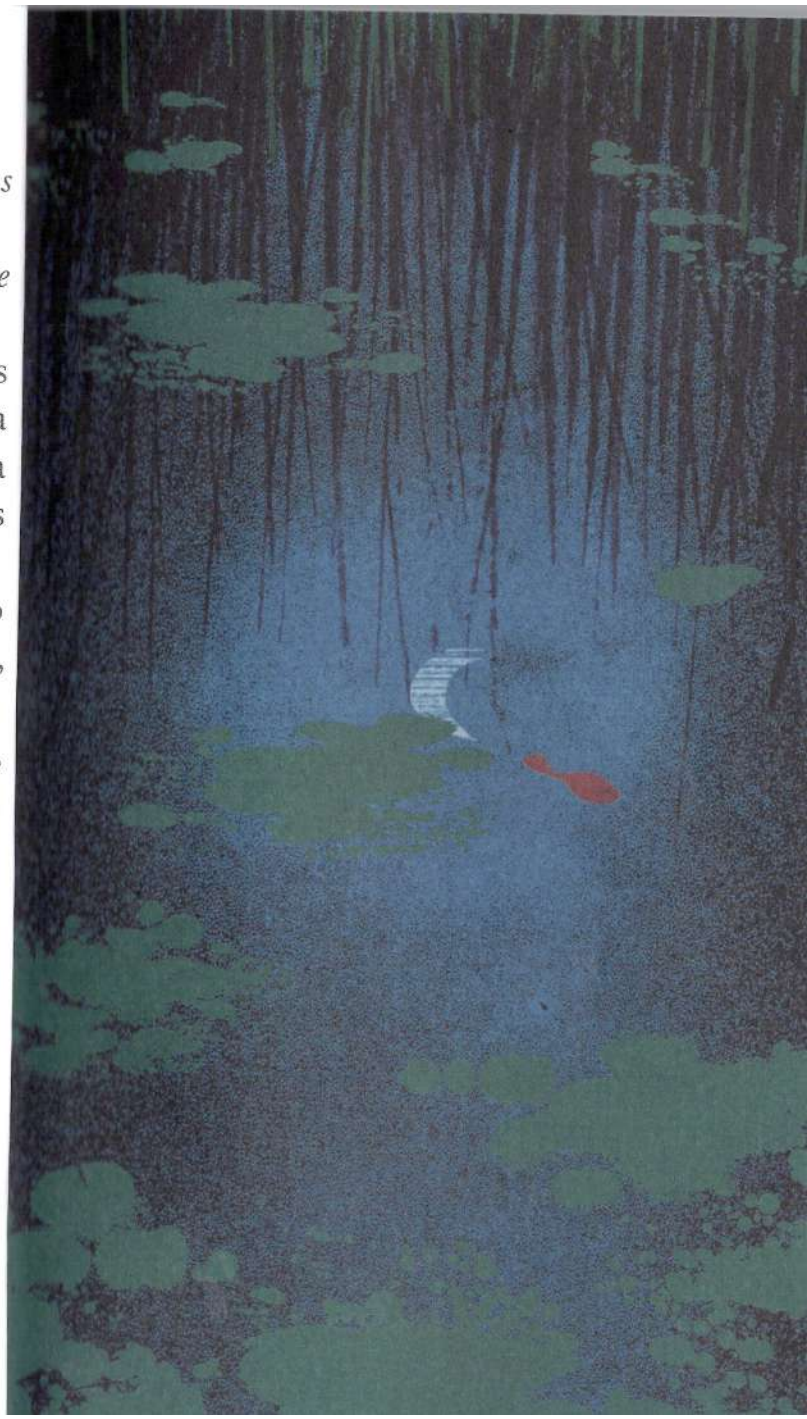
Coro: *porque es astuto y pesca con su caña.*

Macaria: *Cuídate del agua turbia y de los remansos engañadores,*

Coro: *porque a río revuelto, ganancia de pescadores.*

Todas las truchas se dispersaron por las amplias praderas líquidas de la laguna, cada una buscó su lugar para dormir, mientras la Luna se reflejaba entera en medio de las aguas serenas.

Pero en la cabeza de Serafina seguía dando vueltas y más vueltas, como si fuera un remolino, la palabra mar.

Se imaginaba una enorme extensión, mar, mar, mar; es que diez mil vidas de trucha son muchas vidas; mar, mar, mar, para recorrer una laguna tan grande y de agua salada; mar, mar, mar..., no lograba entender a cabalidad cómo mismo era el mar.

Imaginaba a temibles monstruos dueños de sus saladas profundidades; mar, mar, mar, en las cavernas, en las playas bajas donde el sol calienta hasta el último grano de arena; mar, mar, mar...